

que ya lleváis estampado en el alma y en vuestro mismo porte exterior, de lozanos retoños del árbol sagrado de la jerarquía, germen del ministerio sacerdotal, imágenes vivas de Jesús Niño, adolescente y joven, futuros salvadores del mundo. Al ver á uno de estos jóvenes recibir la clerical iniciación por la cual es segregado de la gran masa del pueblo cristiano, y adjudicado á la porción selecta que se llama *clero*, dijérase que un ángel, el ángel de la arquidiócesis anuncia á los habitantes de la tierra el nacimiento de un nuevo Salvador: *Evangelizo vobis gaudium magnum ... quia natus est vobis hodie Salvator*<sup>1</sup>. No temáis, celosos pastores, que el clero se extinga, y la religión perezca en esta región afortunada: *Nolite timere*. Cada día nacen nuevos Cristos, jóvenes aventajados vienen, inspirados de lo alto, á engrosar las filas de los levitas; el seminario florece en letras y virtudes, y año tras año van sazando sus opimos frutos, y una pléyade lucida de operarios bien formados se ve salir de su fecundo seno. José que los recibió en Belén, en la *casa de pan*<sup>2</sup>, los llevó luego al templo, los presentó al Señor, los sustentó con su protección, los salvó de inminentes peligros de muerte, no sólo temporal sino eterna. *Nolite timere*. Todo esto ha hecho con vosotros, amados alumnos del seminario. ¡Cuántas veces habrías perecido para la Iglesia y la sociedad, disipada por el viento de las mundanas pasiones vuestra santa vocación, si José no hubiese velado por vosotros! Mucho debéis á María, vuestra buena Madre, bien lo sé; mas no olvidéis que José ha compartido siempre con ella los cuidados por el Niño Jesús y por vosotros. José, en fin, os ha edu-

<sup>1</sup> Luc. 2, 10. 11.<sup>2</sup> Bethlehem, id est, domus panis.

cado, y continúa educándoos hasta que, como Jesús á los treinta años, salgáis, formados en su taller, del seminario, á cumplir vuestra misión divina en medio de los hombres. Y aun entonces deberéis tener siempre fijos los ojos en José, que seguirá siendo vuestro modelo y protector, como lo vais á ver en la segunda parte.

## II.

8. San José formó á Jesús, conforme al designio de Dios Padre de dar á su Unigénito un representante de su paternidad sobre la tierra, puesto que, según la ley natural y divina, el padre debe dar al hijo la perfección moral del ser; y *Dios envió á su Hijo*, dice San Pablo, *hecho de mujer, puesto debajo de la Ley*<sup>1</sup>. El clero católico debe formar al mismo Jesús en las almas de los hombres, según la expresión del Apóstol: *hasta formar á Cristo en vosotros*<sup>2</sup>; debe infundir en ellos la vida de Cristo por la dispensación de la gracia de los sacramentos; debe hacerlos revestirse de los sentimientos y virtudes de Cristo<sup>3</sup>, de suerte que *Cristo sea todo en todos*<sup>4</sup>. No es otra que la del apóstol la misión del sacerdote; de ahí que nadie tanto como éste debe asemejarse á Jesucristo, hasta tener el derecho de decir á los hombres: *Sed imitatores míos, como yo lo soy de Cristo*<sup>5</sup>. Pero ¿quién puede apostrofar de ese modo á los ministros de Dios mejor que el glorioso padre estimativo de Jesús? ¿Quién como San José puede enseñar al clero el arte divino de formar á Jesús en las almas? Aprended, jóvenes que os educáis á la sombra del Patriarca, aprended de una vez

<sup>1</sup> Gal. 4, 4.<sup>2</sup> Ibid. 4, 19.<sup>3</sup> Phil. 2, 5.<sup>4</sup> Col. 3, 11.<sup>5</sup> 1 Cor. 4, 16.



lo que más tarde habréis de saber prácticamente para ser dignos del sagrado carácter sacerdotal. Todo consiste en asemejarse á Jesús lo más perfectamente posible, en unirse á Jesús del modo más estrecho, en vivir para Jesús únicamente, en ser todo de él y para él. *Id á la escuela de José*<sup>1</sup>: id á verle en su taller educando al Niño Dios: estudiad sus altísimas virtudes, y entre ellas, principalmente, su pureza virginal, su espíritu de oración, su abnegación sin límites. Y, para alcanzarlas vosotros, acogeos sin vacilar, desde el principio hasta el fin de vuestra carrera, al poderoso patrocinio de José. El asunto merece bien nuestra atención.

9. Brilla entre todas las perfecciones que embellecen la persona y el rostro hermosísimo del esposo de la Virgen, la virtud que por mil títulos se llama angélica, como si fuera propia y característica de aquellas bienaventuradas naturalezas puramente espirituales. ¿Cómo podríamos imaginarnos de otro modo al dignísimo esposo de la Reina de los ángeles, al padre terreno del *Ángel del gran consejo*? Y, en verdad, amados oyentes, que la pureza de José es de un orden tan subido, es joya tan preciosa y peregrina, que no hay entendimiento humano capaz de apreciarla en su justo valor. Porque, siendo aquélla la prenda privativa del que había de enlazarse en matrimonio con la misma virginidad, personificada en María, no podía ser mayor en un puro hombre, debiendo ser inferior solamente á la de la Virgen incomparable. Para el pueblo cristiano esta verdad no necesita demostrarse: es de sentido común. Purísimo fué José en cuerpo y alma: castísimo, en sus pensamientos y afectos; *espejo sin mancha*<sup>2</sup> de la pureza in-

<sup>1</sup> Ite ad Ioseph (Gen. 41, 55).

<sup>2</sup> Sap. 7, 26.

maculada de Jesús y de María. Si tal no fuera, no habría podido alternar con la Virgen purísima en el encargo de la crianza y educación del Verbo Encarnado, santidad por esencia, á quien sólo sirven dignamente y asisten los espíritus puros. Eran José y María, dicen los autores ascéticos, como los dos querubines puestos frente á frente sobre el Propiciatorio, en cuya superficie nitidísima se miraban de continuo. El Propiciatorio era Jesús, cuyos rayos de santidad reflejaban en las almas de aquellos que el Evangelio señala con la común denominación de *padres*<sup>1</sup>. ¿Qué debéis deducir de todo esto, jóvenes aspirantes á una dignidad que tantas analogías tiene con la de José? ¡Ah! no es menester que os lo indique, porque el ejemplo de vuestro Patrono habla muy alto para no ser comprendido. Sin un amor á la virtud angélica que os preserve de la más ligera mancha de corrupción sensual, sin un grado de pureza excelentísimo, por más que lo procuréis, no llegaréis á llenar vuestra misión de formar á Jesús en las almas, de ser padres de Jesús, como José. ¿Por qué? porque Jesús no pudo nacer sino de una madre virgen, custodiada por un esposo también virgen; porque Él no pudo aparecer en nuestra carne sino en el seno de la virginidad, rodeado de azucenas, entre las cuales se apacienta<sup>2</sup> el Cordero sin mancilla. De aquí la aureola de pureza que hermosea á la verdadera esposa de Cristo, á la Iglesia santa, única madre virginal de los hijos de Dios, como discurre San Agustín<sup>3</sup>. Hoy y siempre la fecundidad espiritual está vinculada á la virginidad. Donde esta virtud sobrehumana no es honrada con la práctica, la digni-

<sup>1</sup> Luc. 2, 43.

<sup>2</sup> Cant. 2, 16.

<sup>3</sup> S. August., Tract. de Symb. ad Catechum. lib. 4, cap. 1.



dad sacerdotal se envilece, y su acción se desvirtúa: la esterilidad ignominiosa es la pena merecida de la debilidad de los indignos ministros del Dios de pureza y santidad. Díganlo todas las sectas cristianas que renegaron de la perfecta continencia....

10. Limpio de corazón, como los bienaventurados espíritus, San José veía á Dios<sup>1</sup>, no sólo con los ojos de la carne, teniéndolo entre los brazos humanado, sino más aún con los ojos del espíritu, con los cuales penetraba hasta el fondo del corazón de Jesús, y leía lo que allí estaba escrito por el dedo del Padre Eterno: *Filius meus es tu: Ego hodie genui te*<sup>2</sup>. ¡Qué sentimientos de admiración y de pasmo embargaban la mente del Patriarca absorto en la contemplación del Dios-Hombre, del Criador hecho criatura! ¡Qué anonadamiento tan profundo, y al mismo tiempo qué arrobamiento de amor no debía producir en el alma santísima de José la vista de estas maravillas que traía entre las manos! ¡Oh dulce intimidad con Jesús, que no degeneraba nunca en familiaridad! ¡Oh trato y conversación con Dios, capaz de endiosar á un hombre del temple de José! Y ¿por qué no ha de producir efectos semejantes en el sacerdote la continua comunicación con el mismo Jesús? ¿Qué otra cosa es el altar sino el pesebre de Belén? ¿qué, el templo cristiano sino el santuario de Nazaret? ¡Oh! ¡si aprendierais para más adelante, en el dechado de José, el modo de tratar y manejar el santísimo Cuerpo de Cristo, la pureza de manos, de ojos y lengua necesaria, como advierte San Juan Crisóstomo, para dividir aquella carne y gustar de aquella sangre tremenda y adorable!<sup>3</sup> La oración es la virtud

<sup>1</sup> Matth. 5, 8.    <sup>2</sup> Ps. 2, 7.    <sup>3</sup> Hom. 60 ad pop. Ant., apud Breviar.

sacerdotal por excelencia; como quiera que ser sacerdote es orar, según la doctrina del Apóstol<sup>1</sup>, y Cristo sacerdote eterno y gran pontífice, oró al Padre con lágrimas y en altas voces, mereciendo ser oído por la reverencia que le era debida. San José oraba sin intermisión con Jesús y María: su oración debe ser el modelo de la del sacerdote, principalmente en el altar. ¡Quién pudiera emular en el acatamiento del Señor la piedad y compostura de José!

11. ¿Quién supiera, como él, no vivir, no respirar sino para Jesús? La abnegación de sí mismo, llevada al grado más heroico, puede decirse que resume toda la santidad del Patriarca, cuya vida no tuvo otro objeto que servir de ayo y tutela al Salvador. «He aquí al siervo fiel y prudente, á quien puso Dios de guarda de la sagrada Familia.»<sup>2</sup> Y ¿quién dirá con cuánta perfección desempeñó su altísima misión? ¡Ah! pero ella requería el sacrificio total de su persona, de su vida, de su reposo, de su mismo corazón.... ¡No importa! José lo sacrifica todo por Jesús. Y no participa siquiera de su gloria terrena, pues se oculta y eclipsa como el lucero matutino á la aparición del sol en el horizonte. Cuando Jesús empieza á brillar por la omnipotencia de sus milagros y la sabiduría de sus doctrinas, entonces es cuando desaparece José. Su gloria queda oculta á los ojos de los hombres, pero brilla refulgente á los ojos del Señor. Hoy le corona el mismo Jesús con la diadema de Patrono universal de su Iglesia, y ésta le aclama con indecible amor y veneración desde todos los ángulos de la tierra. La abnegación del sacerdote virtuoso no quedará, delante de Dios, sin copiosa

<sup>1</sup> Hebr. 5, 1. 7.    <sup>2</sup> Eccl. ant. Vesp.



recompensa. Algún día le dirá el Señor: *Euge, serve bone et fidelis....*<sup>1</sup>

12. Seguid, pues, amados jóvenes, invocando diariamente la protección del gran Patriarca, tan grande como humilde. Tened siempre ante los ojos su pureza, su unión con Dios, su abnegación por Jesucristo. Y, puesto que aspiráis á ser dignos del encumbrado puesto á que Dios os ha llamado, á *plantar nuevos cielos y cimentar la tierra*<sup>2</sup>, reclamad con instancia el patrocinio del amable y poderosísimo Patrón de la Iglesia, del clero y del seminario. ¡Que sigan floreciendo, como hasta aquí, merced á sus favores, las preciosas virtudes que hacen la gloria del buen seminarista: la piedad, el celo por la gloria de Dios, el amor entrañable á la Iglesia, la obediencia á sus superiores, la caridad con sus iguales, la aplicación al estudio de las ciencias, y, sobre todo, la humildad, base de la grandeza verdadera! Así sea.

### PANEGÍRICO DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

#### Excelencias y ministerio de este Arcángel.

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem spiritibus etc.

Y soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus etc.

Iob 12, 15.

1. ¿Quién es, pues, amados oyentes, el celestial personaje á quien hoy eleva sus voces de veneración y alabanza, entre las ondas de incienso que suben de los

<sup>1</sup> Luc. 19, 17.

<sup>2</sup> Ubi supra.

altares, la Santa Iglesia católica, y con especial cariño la Iglesia de España? ¿Quién es el genio tutelar de esta Casa de misericordia, donde, como en otra Piscina de Jerusalén, esperan de él la salud de cuerpo y alma una tropa de dolientes, aquejados por todo género de enfermedades? ¡Ah! no necesito pronunciar en alta voz su nombre, de todos bien conocido y guardado en el fondo de cien corazones que ora lo invocan, ora lo bendicen; pero, si queréis oírlo solemnemente de sus mismos labios, es aquél mismo que se reveló, con un acento casi divino de majestad y grandeza, á los virtuosos Tobías, padre é hijo, por estas enfáticas palabras: *Ego sum Raphael!* ¡Soy el ángel Rafael! ¡Qué revelación! ¡qué nombre! Ante él inclinaron la frente hasta coserla con el polvo, y permanecieron tres horas absortos en profunda admiración y como fuera de sí, aquellos varones santísimos que merecieron conversar familiarmente con un príncipe del cielo. Ante ese nombre, más noble que todos los humanos, también nosotros nos inclinamos reverentes, pues él es á quien invoca el pueblo cristiano, á quien se acoge en sus agudos dolores el desahuciado enfermo, á quien ensalza en todos los púlpitos la voz del orador sagrado.... *Ego sum Raphael!*

2. El culto de este glorioso príncipe de la milicia angélica interesa en sumo grado á los enfermos de cuerpo, como quiera que él es *Medicina Dei* para curar todo linaje de enfermedades físicas<sup>1</sup>; pero también interesa á los enfermos de espíritu, puesto que su poder se extiende hasta encadenar á los espíritus infernales, y principalmente á aquel que domina y envilece á la

<sup>1</sup> a quacumque detinebatur infirmitate.... (Io. 5, 4).